

INFLUENCIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EL PUEBLO ESPAÑOL

Por Fernando Solano Costa

EN el umbral mismo de lo que venimos denominando Edad Contemporánea nos encontramos con el suceso histórico más trascendental ocurrido en nuestra patria desde hacía más de tres siglos: la invasión del territorio nacional por una tropa extranjera que pretendía, a la fuerza, convertir a España en una provincia, más o menos autónoma, de un Imperio nuevo forjado por un Caudillo extraño a nosotros: Napoleón Bonaparte, que llegaba no sólo a fiscalizar nuestra independencia, sino que pretendía modificar de forma violenta todo nuestro sistema institucional.

No nos interesa en este momento analizar los episodios de esta trágica contienda, en que los españoles, movidos de «ciega ira», como decía Thiers, demostraron un furor despiadado, un valor indómito, una constancia ejemplar, gracias a todo lo cual, entre derrotas y desastres, acabaron triunfando viendo cómo el agresor tenía que repasar la frontera perseguido por nuestros soldados y guerrilleros, dando así término a una auténtica epopeya, de cuyo valor quizá todavía no nos hemos dado cuenta exacta por la relativa cercanía de los sucesos, pero que ha tenido la virtud de imprimir carácter a la sucesiva historia de España, de tal manera, que nos sería difícil comprenderla si no apreciáramos debidamente la guerra de la Independencia, no en lo que tenga de anécdota, sino en lo que tiene de fundamental.

Es creencia normalmente admitida que la revolución francesa y su inmediata consecuencia, el efímero Imperio napoleónico, tienen un fuerte contenido nacionalista, de tipo popular, alzado frente a la posición dinástica adoptada por la Monarquía absoluta. Parece cierto, y ello se refleja en los dos partidos principales de la revolución, girondinos y jacobinos, a los

que separa, en cambio, la manera de concebir ese nacionalismo, ya que los primeros aspiraban a seguir bajo las nuevas fórmulas los viejos dictados de Richelieu, mientras que a los segundos interesaba principalmente que la acción nacionalista tuviese un cierto contenido social, torpemente dibujado, y, además, que la expansión más que afirmada en una motivación político-militar estuviese disfrazada en torno de unos principios doctrinarios y una declaración teórica de la igualdad de las Naciones y de los ciudadanos del mundo, pero ambos partidos, en definitiva, iban a la exaltación del pueblo francés y a la declaración de su rectoría sobre el mundo.

Lo que no pudieron conseguir los mediocres dirigentes de la revolución, estuvo a punto de lograrlo Napoleón. El Emperador quiso, en definitiva, realizar una labor de síntesis política, en que el ingrediente «Patrie», tan característico de la Revolución, diese el tono fundamental a su obra. Pero el esfuerzo sintético era tan fuerte, con elementos tan contradictorios —sobre todo cuando en él quiere mezclar el legitimismo con su matrimonio con una Habsburgo— que acabó fracasando; así lo observa de forma sagaz el profesor Pabón.

El fracaso de Napoleón se formaliza conforme sus enemigos —todo Europa— despiertan ante su dinámica acción, y de manera más o menos consciente van adoptando sus procedimientos de forma que podemos decir ciertamente que Napoleón acabó siendo vencido por Napoleón, y si Napoleón es hijo genuino del nacionalismo francés, el espíritu de éste fué, a su vez, vencido por un nuevo protagonista de la historia europea: el nacionalismo europeo.

En la historia del nacionalismo, recientemente estudiado por Hans Kohn, España ocupa un lugar más destacado de lo que generalmente se cree. Es más, entendemos como una posibilidad de trabajo el estudio del siglo XVIII, visto desde este prisma. Es casi tópico afirmar que el siglo XVIII español está dominado decisivamente por una influencia francesa. Esto es verdad, pero nos parece indudable que ese chorro de afrancesamiento que entró en la Península produjese en el alma española muy diversas reacciones; la de una resistencia a ultranza, cuyos partidarios se aferraban desesperadamente al pasado, incluso en sus aspectos más triviales, hasta los que, en pleno impacto, muchas veces unidos a simples intereses materiales, se entregaron de cuerpo y alma a lo ultrapirenaico formando el núcleo principal de los que serían futuros servidores del Rey José. Pero entre un grupo y otro, y precisamente recogiendo a lo más selecto, figuran aquellos que comprendían una España diferente a la de los Habsburgos, con una ideología y unas finalidades diferentes, que aceptaban la superioridad intelectual francesa, pero a los que no se les puede negar un total patriotismo, un aprecio singular al pueblo español, un deseo de engrandecimiento de la Monarquía.

En esta línea de conducta figura, incluso, la propia dinastía. Sería curioso trazar un esquema relativo a la españolización de los Borbones. Felipe V ya siente en español, y su afrancesamiento es más nostálgico que político. Podría establecerse un paralelismo entre las dos hispanizaciones: la de Carlos I, cabeza de los Habsburgos, y la de Felipe V, cabeza de los Borbones, para llegar a unas conclusiones sobre la fuerza atractiva de España. Este proceso de españolización culmina en Carlos III, el más ajustado de los Borbones, surgido, quizá, a su vez durante su reinado en Nápoles, magnífico escenario para pensar en la grandeza pasada de España. Un detalle bien significativo del espíritu de Carlos III, y que nos explica cómo intuitivamente concedía a la nación española una personalidad propia, está en el hecho de que fuera él quien decretase la creación de una bandera representativa, no de la dinastía —como la flor lisada de los Borbones—, sino propiamente de la Nación. Se nos podrá argüir que aquello no era tanto el reconocimiento de dicha personalidad como un paso más de la unificación política —a nuestro juicio son los Borbones dieciochescos los auténticos fundadores de la unidad española, tal como la concebimos ahora—, pero no es menos cierto que, en definitiva, el acelerar este proceso de unificación no era otra cosa que allanar el camino hacia la Nación, como orgánico concepto político, como voluntad y como acción.

Y si este es el caso de la dinastía, lo es todavía más el de muchos de sus servidores. Veamos, por ejemplo, lo que ocurre con el Conde de Aranda, el más típico para representarnos la paradoja del patriota afrancesado. Leyendo a Aranda nos podemos dar cuenta, a través de sus informes y memorias, no sólo de un auténtico sentido político, sino de un rebosante patriotismo, finamente expuesto, en contraste con su habitual rudeza. Patriotismo, no de grito, sino de auténtico deseo de mejoramiento —más o menos equivocado— de la Patria y del pueblo español. Y para que sea más ejemplar, como antecedente de este sentido nacionalista, se da el caso de que la reacción de ese personaje ante la Monarquía no era precisamente la de un respeto casi religioso derivado de la tradición borgoña, sino el de un cierto desenfado que, en definitiva, significaba un debilitamiento de la fe en la institución monárquica, que luego ha de ser típico en el nacionalismo español. Y así, y cada uno dentro de su estilo, podríamos estudiar a las figuras más representativas de aquella generación, como Floridablanca, como Jovellanos.

Lo que tenemos que intuir en los hombres del ochenta aparece con toda claridad en la generación que hizo la guerra de la Independencia. La guerra de la Independencia tuvo sus dirigentes y muy posiblemente una organización previa —naturalmente no dirigida contra la imprevisible invasión, sino contra Godoy y Carlos IV—, lo que explicaría la simultaneidad del alzamiento y su técnica, que se emplea inicialmente en el

derrocamiento de las autoridades constituídas. La generación que hizo la guerra no sólo tendría como finalidad el vencer al invasor, sino el cambiar radicalmente la organización de las instituciones españolas, dando un valor nuevo al concepto tradicional de Patria, variando su identificación con el Rey, por su identificación con el de Nación; desde ese punto de vista, la guerra de la Independencia se puede considerar como un movimiento nacionalista, precursor en el tiempo, y posiblemente en la seguridad de su concepto al alemán, y no digamos al ruso.

Cierto es que conviene —y no importa insistir, por ser fundamental— distinguir en el estudio histórico del nacionalismo dos etapas diferentes. La primera correspondería a la época del Renacimiento; su clave sería los Reyes, que con ello darían fin al medioevo político, agotado en la trágica centuria comprendida entre mediados del siglo XIV y la mitad del XV, que favorecería el movimiento autoritario del monarca, dándole la popularidad necesaria para ello; la otra sería muy diferente, ya que en vez de impuesta de arriba a abajo, sería obligada por los pueblos, casi siempre en contra de los reyes, y siempre a costa de su poder. Precisamente las guerras napoleónicas servirían de estímulo para la creación de este nacionalismo popular.

En España el nacionalismo dinástico tuvo especial fortuna, ya que fué impuesto tras los borrascosos Trastámaras de forma realmente providencial.

Aunque la unidad es de hecho obra —así lo entendemos— de Juan II de Aragón y sus previsoras medidas llenas de terribles e inhumanos sacrificios, los que la realizaron fueron los Reyes Católicos. Un éxito insospechado les acompañó, y cuando en 1516 murió el Rey Fernando, el legado dejado significaba nada menos que el haber conseguido la unidad moral del pueblo español, el máximo grado de eficacia política en la Corona, la hegemonía mundial, la capitanía de la cultura y un potencial económico, todo ello encuadrado en una paz casi milagrosa.

No puede, por tanto, extrañarnos que todo ello, completado más tarde por la introducción de la severa y aisladora etiqueta borgoñona, diesen a la monarquía un prestigio nunca igualado, cuya traducción a la práctica política fué la consideración del Rey como personificación de la Patria, y, por tanto, el entendimiento de que la lealtad al Rey era la traducción en aquel tiempo de lo que hoy entendemos por patriotismo.

Esta lealtad típica y fundamental no es de manera alguna propia de una minoría, sino que responde al sentido generalizado de todo el pueblo español. Esta unánime aceptación del concepto Patria-Rey, empapa, por decirlo así, toda la vida española del XVI al XVIII, y hasta los más audaces paralizan la acción de sus violencias y de sus ambiciones ante la sagrada persona del Monarca; las excepciones son muy pocas y todas ellas tienen una clara explicación. ¿Cuáles son los motivos de esta universal acep-

tación? El éxito solo no la justifica; tenemos que encontrar otras razones. En primer lugar, lo que pudiéramos llamar el valor carismal del Monarca. El Rey era sagrado para sus súbditos y vasallos. Todo propende a ello: la Iglesia lo manda, la costumbre lo exige, la Ley lo impone, la conveniencia lo aconseja, el noble lo defiende, el pueblo lo acepta, quizá pensando en las amarguras de un ayer, todavía cercano, en que su vida, su honor y su hacienda dependían no del rey, sino de una degenerada oligarquía nobiliaria.

Esto último daba una fuerza considerable a la institución monárquica autoritaria, ya que por su inmenso poder era prácticamente insobornable, frente a todos, y, por tanto, establecía una especie de rudimentaria igualdad, derivada del concepto vasallo, extendida por igual a todas las clases sociales, fuera cual fuera su origen y su riqueza.

Además de estos dos fundamentales conceptos de valor carismal y de insobornabilidad, tenemos que atender a otro, no menos importante, y que permitirá a la Monarquía superar las frecuentes crisis porque atraviesa como consecuencia de la existencia de Reyes ineptos o inmorales: la tradición. La tradición tiene un valor inmenso de conservación; es un poco como el lastre de los pueblos, a los que da suficiente estabilidad para seguir sus distintos rumbos históricos; a una tradición, en definitiva, no le puede derribar más que con otra. Y precisamente una de las razones de la crisis actual de las monarquías está en que frente a ellas se va levantando una especie de tradición antimonárquica, que tiene sus orígenes o en el éxito de Estados que nunca han tenido esta forma de Gobierno, o en la ya secular existencia de una oposición liberal que ha combatido por espacio de varias generaciones y, por tanto, han creado ya un espécime tradicional, casi tan fuerte como la de la propia monarquía. El tiempo, ese erosionador del cosmos histórico, es el que ha hecho la jugarreta de que la Marsellesa, que un día fué el himno revolucionario de un pueblo regicida, sea hoy la expresión cantada de la voluntad conservadora y aun tradicional de ese mismo pueblo.

Valor carismal, insobornabilidad, tradición. He aquí el trípode en donde se apoyaba la monarquía española, con la leal aceptación de la totalidad del pueblo hispano. Como observa Pfallnd, así transcurrieron la historia de las cuatro dinastías castellano-españolas, y así hubiera seguido posiblemente, si no hubiera surgido un grave contratiempo, que empezó a socavar el prestigio de la institución monárquica, que provocaría lo que pudiéramos llamar las tres fechas negras de la Monarquía española: el 19 de marzo de 1808, el 29 de septiembre de 1868 y el 14 de abril de 1931. Ese grave contratiempo fué la pérdida de la contrapartida de la exigida y dada lealtad. Los leales españoles pedían a sus reyes dignidad, y precisamente ello es lo que faltó en el reinado de Carlos IV.

Los Reyes españoles la habían mantenido siempre, hasta el espectral Carlos II. Con el pobre Carlos IV, personalmente uno de los más bondadosos monarcas de España, se quiebra. Carlos IV tuvo una mala suerte inmensa: la Reina María Luisa le despolarizó, el favorito Godoy le desacreditó de manera casi afrentosa; el príncipe Fernando olvidó su deber de heredero, para convertirse en un conspirador contra su padre, comportándose más como quien piensa, en el mejor de los casos, ser caudillo de un pueblo, que quien espera ser rey hereditario. Y más allá de los Pirineos, entre divertido y oportunista, Napoleón, flamante Emperador, hacía el papel de diablo soplador.

El 19 de marzo de 1808 ocurrió algo cuya analogía más inmediata había que buscarla nada menos que en 5 de julio de 1465 y en las cercanías de Avila. Carlos IV, virtualmente fué derrocado por un grupo de criados de nobles y unos hombres, seguramente pagados; y el enredo estaba fraguado por su propio hijo, el príncipe de Asturias. Pero lo grave no era eso solo; es que ni una voz se alzó en defensa del Rey Carlos. La lealtad cesó justamente cuando cesó la dignidad. Aquel episodio hizo un daño incalculable a la Monarquía española, porque, repetimos, el nuevo Rey no fué tanto obra de un derecho consuetudinario como de un simple motín. Y el motín podrá elevar a un jefe popular, pero es muy difícil que eleve a un rey tradicional, sin grave riesgo de todo aquello que explica su legitimidad. Y así, ¿no está en ese 19 de marzo el principio de esa desubstanciación de la Monarquía de tantas consecuencias en la historia contemporánea de España?

Esta profunda crisis institucional se agrava enormemente por la invasión francesa y el derrocamiento del recién alzado Monarca, tras las vergonzosas escenas del Palacio de Marrac, y el intento de sustitución de la dinastía, llevado a cabo por Napoleón en la persona de su hermano José.

La invasión se verifica de una manera brutal y con un aprovechamiento realista de las circunstancias políticas de España. El jefe-rey ha sido rapado, lo que quería decir que para Napoleón, con ello, había desarticulado toda resistencia posible al quitarle su pieza clave. Lo que no contó nunca Napoleón es con lo que constituye el nervio fundamental del pueblo español: su genio improvisador. En la guerra de la Independencia los españoles improvisaron todo, empezando por el mito preciso, y que siempre le ha sido necesario para seguir hacia adelante. Aquí el mito fué el propio Fernando, idealizado en su Palacio-prisión de Valençay como dechado de virtudes, como cumbre de sufrimientos, como prototipo de enterezas. El amado Rey Fernando sería como el príncipe encantado por quien combatía España entera, tras las tapias de sus ciudades o en los cerros de su accidentada geografía. Pero el mito no es suficiente para la victoria; era preciso suplir al jefe ausente; no era tarea fácil, en primer lugar, por-

que los sucesores legítimos o los representantes del ausente monarca no servían para nada; unos, por su decidido afrancesamiento; otros, por su innata cobardía; algunos, por su filiación godoyesca. Así reaccionó el pueblo español, dirigido por un sinnúmero de jefecillos, que alzaron sus demagógicas voces; casi todas las autoridades fueron violentamente depuestas, una serie de revoluciones municipales dieron el poder a una porción de personajes, muchos de los cuales tuvieron como primera misión el cadáver de su asesinado antecesor. Los personajes a los que se consideraba perseguidos por Godoy fueron llamados a ocupar distinguidos puestos, así Floridablanca y Jovellanos. De esta manera, entre juntas locales, provinciales, supremas, pudo organizarse una plataforma política, que supliese al jefe ausente; estructura, desde luego, por la que se escapaba a raudales la iniciativa particular, hasta convertir a todo el territorio nacional en una especie de difuso maremágnum de heroísmos, gallardías, elocuencias, insensateces y delitos. Pero fuese como fuese, lo cierto es que España luchó por primera vez desde tiempo inmemorial, sin que a su frente hubiese un rey, lo que lógicamente produjo una consecuencia: la propia autovalorización de los combatientes y sus jefes. Lo que jamás sería olvidado, produciendo un doble efecto: uno, que analizaremos más adelante, en orden a la intervención en el gobierno, y otro, que nos interesa destacar aquí, que es la consideración de que la liberación de la Patria, aunque hecha en nombre del mito de Valençay, había sido obra exclusiva suya, del pueblo, lo que establecía un sentido de posesión con el consiguiente reflejo en el concepto Patria, que ya empieza a comprenderse, no tanto en razón de jurisdicción real, como en un aspecto más entrañable, más propio, más directo, más nacional, en definitiva.

¡Concepto entrañable de la Patria! ¡La Patria está en peligro! Se cuenta que dijo el Alcalde de Móstoles, como primera réplica al glorioso motín madrileño del 2 de mayo —las mismas palabras, por cierto, que empleó Danton, allá por el año 92—. Con esta sencilla consigna estalla la insurrección. Por primera vez, también en muchos siglos, España, literalmente, se echa al campo; la pacífica vida española, rutinaria y desenmocionada, va a acabar, y los españoles sentirán directamente toda la virtud del paisaje, no limitado exclusivamente al familiar contorno, sino ampliado infinitamente, dándose cuenta cabal de toda la anchura de aquella Patria, hasta entonces, para la inmensa mayoría, concentrada en su aldea, como mínima expresión y en el pétreo alcázar madrileño, como en su máxima; de Norte a Sur y de Este a Oeste, épicas caminatas van poniendo en contacto unas regiones con otras y todos los pulsos tienen el mismo compás febril; España se convierte en un inmenso campo de batallas, incessantes y oscuras, cuyo premio es esa misma patria hasta entonces no comprendida en su absoluta desnudez e indefensión.

Pero la más destacable consecuencia de la guerra de la Independencia, incluso la relativa exclusión del poder real, como expresión de la Patria, será que durante la misma culminará la expresión unitiva como nunca había sido sentida hasta entonces, como nunca será sentida después. Con ello entraríamos en lo que constituye el eje fundamental en torno al cual gira todo el desenvolvimiento de la historia moderna de España; es decir, de la Historia de España, propiamente dicha, que no es otra cosa que su secular marcha hacia la unidad. No tenemos tiempo de ello y se escapa del tema, pero a mi juicio la unidad nacional se verifica a lo largo del siglo XVIII, en que la unión personal de los distintos reinos peninsulares se transforma en una unión efectiva, y ello gracias a la política centralizadora de los Borbones, que podrá ser discutida desde un punto de vista de técnica administrativa, pero cuya eficacia fué enorme desde el punto de vista político.

La guerra de la Independencia es muestra de ello; nuestra patria sufrió la crisis más tremenda propicia a toda clase de desgajamientos. Sin embargo, la solidaridad de las regiones se mantuvo sin excepción; la ofensa inferida al honor nacional provocó una idéntica reacción en todos los lugares y se pudo superar la prueba de forma tan decisiva que, por espacio de varias generaciones, a pesar de la anarquía reinante, no hubo la menor veleidad separatista. Fueron precisos casi cien años de crisis interna, de fallo absoluto de la autoridad del Estado, de lucha implacable de partidos, de auténtica guerra social, de profunda escisión de ideas y, finalmente, de un gran desastre político-militar —el 98— para que de nuevo resurgiesen los dormidos separatismos.

En resumen, entendemos que la guerra de la Independencia preparó al pueblo español a una nueva concepción de la idea patria, hasta entonces identificada con el Rey, dando paso a un criterio nacionalista y popular, que iría lentamente evolucionando a lo largo de los tiempos posteriores.

Naturalmente, este cambio sustancial del entendimiento de la Patria tendría una profunda influencia en la forma de gobierno, en la organización del Estado, y no digamos en la intervención del pueblo en los negocios públicos.

Estudio interesante sería el de la evolución, a través de los tiempos, del pueblo en su concepto político, por lo que se refiere a nuestra Patria y en relación a su gobierno. Los estudios realizados hasta ahora e iniciados durante la misma guerra por Francisco Martínez Marina en su voluminoso estudio sobre el «Origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del Gobierno español», pecan siempre o de una excesiva parcialidad o de la ausencia de un criterio estrictamente histórico, para inclinarse más bien al estudio jurídico-institucional. La realidad viva es que en nuestra patria siempre ha habido —perdón por la perogrullada— un pueblo y un gobierno. Estos dos factores fundamentales de nuestra realidad histórica han ido evolucionando

nando conforme a las circunstancias, y, asimismo, a lo que pudiéramos llamar el contenido tendencial del pueblo a gobernar o a dejarse gobernar. En los tiempos de Roma el pueblo, vencido, aceptó gustosamente, al fin, la organización del Imperio Romano, y con ella la cierta democracia minoritaria, o si se quiere mejor las oligocracias características de los tiempos clásicos. Entendamos bien, aceptación gustosa, nunca entusiasmo unificador; los pueblos peninsulares se consideraron siempre como simple colonia, y ello puede ser probado por su reacción ante los sucesivos cambios de dueño —germanos, bereberes— que aceptaron sin apenas resistencia, y ésta más de guarniciones que de pueblo. Mucha mayor importancia tendrá en el alma popular la predicación y la aceptación entusiasta del Cristianismo, pero el Cristianismo, si bien ensancha la base popular de las pequeñas minorías dirigentes y duplica su estructura al incluir dentro de ella a su propia jerarquía, no estimula al pueblo en sus posibilidades políticas, sino, por el contrario, le retrae, por la aceptación del carácter transitorio de esta vida —«valle de lágrimas»— y el definitivo de la otra: el Reino de Dios. Es más, basándose la Iglesia en una organización jerárquica, el poder civil se inspira en ella, dada su inferioridad formal; y en este sentido, el feudalismo es un reflejo orgánico de la propia Iglesia. Además, la Iglesia predica normalmente la obligación de sujetarse al poder civil por parte del súbdito, si bien inculca a aquél unas normas morales de infinita mejor calidad que las del paganismo, y pone al servicio de las mismas su considerable influencia y su no desdeñable poder. En resumen: la Iglesia mejora la vida social; pero, si cabe, paraliza más la vida política de los pueblos; si quisiéramos concretar en una frase el pensamiento de la Iglesia antigua y medieval por lo que se refiere a esta cuestión, diríamos que su suprema consigna fué: desprecio y resignación para la vida presente, esperanza para la futura. Pronto un nuevo factor actuaría influyendo en el pueblo español: el Islam. No olvidemos que la mayoría del pueblo hispánico se islamizó, y que sólo minorías —en parte de procedencia germánica— mantuvieron enhiesto el pabellón cristiano de la resistencia: activa, en los montes septentrionales; pasiva, sobre todo, en el civilizado Sur, con los núcleos de mozárabes.

¿Cómo influyó el Islam en el alma del pueblo, en el aspecto que nos interesa? Hasta cierto punto, de forma análoga —sin su elevación moral— al cristianismo, con una diferencia esencial, ya que frente al concepto jerárquico, fundamental al Cristianismo, el Islam establece un criterio de estricta comunidad, una casi absoluta democracia religiosa, que, naturalmente, es compatible con el más despótico gobierno. Este sentido democrático-religioso sería completado con la permanente vida de campamento, con la necesidad de «poblar» por parte de los cristianos victoriosos, por la tendencia hereditaria y de máximo poder de los reyes-caudillos, y todo

ello nos conduce a dos importantes consecuencias: el que el feudalismo español fuese absolutamente diferente del europeo, especialmente en la aislada Castilla, y que fuese allí donde primeramente surgiese a la vida pública y política un nuevo poder: el tercer poder medieval, con su decisiva influencia en el gobierno, a través de las Cortes y de la propia vida municipal. Así surge, sin necesidad de cambios violentos, como en la Europa occidental —la llamada revolución comunal— una época de casi tres siglos en que el pueblo actúa de forma importante en el Gobierno. La crisis de esta organización se produciría lentamente a lo largo del siglo XIV; sus causas fueron, en primer lugar, que la victoriosa acción de Cortes y Municipios nunca representó la del pueblo completo, ni siquiera la de su mayoría; la excepción del vasallaje era demasiado grande para que el esfuerzo llegase a ser definitivo. En segundo término la paralización de la acción reconquistadora, que provocó una reversión de las energías empleadas hasta entonces hacia la acción externa y luego a la interna; en tercer lugar, a la desacertada acción de los Trastámara, que tienen que comprar el ilícito y aun criminal origen suyo sobornando a la nobleza, y, por último, ya en el XV, por una nueva concepción que del poder tienen los reyes para los que los pueblos, con su acendrado espíritu conservador y localista, constituyen un estorbo para el desenvolvimiento de sus planes nacionalistas. La Monarquía del Renacimiento irá evolucionando hacia fórmulas cada vez más absolutistas, que culminarán con Luis XIV, momento en que precisamente vacará la dinastía austríaca en España, cediendo su trono hispánico a un nieto de tal Monarca. El siglo XVIII en España, será, en general, pacífico, pero en él empezará a notarse, de una forma creciente, el poder efectivo, sobre todo económico —no olvidemos que el capitalismo había ya nacido— de la burguesía, cuya influencia irá sustituyendo a la de la nobleza de vieja sangre; asimismo, la personalidad de todo el pueblo es cada vez más notoria. Ante esta presión, que para mayor fuerza tiene a su lado a la inmensa mayoría de los intelectuales que cada vez formulan más atrevidas teorías que alcanzan un éxito extraordinario, la Monarquía reacciona de una doble manera: en Francia, torpemente, intentando una resistencia sabotada por los mismos que debía defender, por razón de sangre o título a la Corona; en España, y en otras partes, buscando una feliz fórmula —una de las más felices que nunca han existido— la del Despotismo Ilustrado, capaz de encauzar la dicha presión en una forma adecuada y evolutiva. Desgraciadamente el curso de la historia de España cambió de forma brusca. Casi simultáneamente muere Carlos III y empieza la Revolución francesa. Al difunto Rey le sucede su hijo Carlos IV, y con él, por los motivos ya indicados, el prestigio de la Corona sufre un rudo quebranto; por otro lado, la Revolución francesa y su continuación, el Gobierno bonapartista, trastorna toda nuestra política exterior y deslumbra a

muchos españoles, que, aun rehuyendo la sangrienta revolución, ven la necesidad de sustituir el agotado sistema del Despotismo Ilustrado por otro basado en una genuína representación nacional. Y en este momento, de una delicadeza suma, sobreviene la invasión.

La coyuntura de la guerra precipita los acontecimientos. Al mismo tiempo que se inicia la resistencia contra el francés, tiene lugar una efectiva revolución; todo el aparato del antiguo régimen es barrido de forma violenta y sustituido por una serie de dirigentes seleccionados de forma casi siempre tumultuosa por el pueblo. Los mandos populares sustituyen a los escogidos por la Corona. Toda la guerra de la Independencia es como una verdadera embriaguez de libertad, frente al cerrado diapasón de los tiempos anteriores. Guerrilleros y parlamentarios buscan en el dinamismo de la guerra o en las largas horas declamatorias de las Cortes de Cádiz el camino de un nuevo régimen político. El individualismo característico de la gente hispánica y, como hemos dicho antes, su genial don de improvisación triunfa. La victoria es de ellos; pero esa victoria, repetimos, se ha conseguido sin un rey que la ordenase. ¿Podría volverse a los tiempos anteriores, en que el pueblo no era realmente más que un simple telón de fondo ante el cual evolucionaba la Corte? Una nueva tradición había nacido, el español no podía olvidar que la victoria era suya, y de aquí, con exigencia lógica, que en la administración de ella también debería intervenir. ¡Realmente, qué magnífica oportunidad para el futuro político, ya que, a su vez, el Rey Fernando conservaba íntegro su prestigio místico! Desgraciadamente, aquella victoria estaba condenada al fracaso, y en él intervendrían muchos factores. Y a su frente —terrible paradoja— lo que había sido el instrumento principal del éxito: el guerrillerismo.

No creemos haya sido estudiado este aspecto de la guerra de la Independencia con el cuidado que se merece; aún más, una tendencia excesiva a la anécdota o a la literatura patriótica nos oculta todo el enorme sentido trascendental que tiene el guerrillero en toda la historia de España de los tiempos contemporáneos.

Ante todo, el guerrillero no es ninguna innovación; es una simple remoción del alma celtibérica, es la reacción inmediata del peninsular, en cuanto se encuentra enfrente del enemigo, en plena naturaleza y con una tradicional organización militar deshecha en lo que constituye su medula: la jerarquía. En otras palabras, lo espontáneo hispánico ha reaccionado siempre en guerrillero, reflejo, sin duda, de un conjunto de condiciones identificables en el alma celtibérica, dormidas durante siglos, pero siempre latentes en lo que pudiéramos llamar subconsciente de nuestro pueblo.

No cabe duda que la reacción hispánica ante la invasión fué absolutamente espontánea. Como dijimos, es muy posible que hubiese una preparación anterior, incluso unos cuadros de mando, organizados con vista a una

posible revuelta contra Godoy, pero ello se desvirtuó tanto por el éxito del motín de Aranjuez como por la invasión. De repente se pasó de un proyectado golpe de Estado a una guerra de Independencia. Además, esta organización no era popular, sino que reflejaba el criterio de una parte —aristocracia, especialmente la militar— pequeña de la sociedad. El citado motín de Aranjuez es una buena prueba de ello. Así, podemos descartar como pieza fundamental el tal complot, para enfrentarnos con el despertar de un pueblo. El despertar es siempre espontaneidad, y así el español, destravado, pone en la lucha toda su alma y de ella fluyen frescas idénticas cualidades, que podríamos encontrar en los celtíberos luchadores contra Roma. Y este tipo histórico, entonces y ahora, es el guerrillero.

¿Cuáles son las características principales de ese guerrillero? Ante todo, su hombría; es un hombre completo, con sus cimas y sus abismos, que a veces llega por la limpieza de sus ideales hasta las estrellas, y, al mismo tiempo, por la rudeza de sus medios hasta el infierno. Toda inefabilidad del hombre, con sus complejos contradictorios, la podemos admirar en ellos, tanto más cuanto que les ha desaparecido, de momento, aquello que, deformando al hombre, hace posible la vida social: la ley, en relación con la colectividad; la educación, en relación con cada uno de sus semejantes. El hombre sin más y el hombre celtibérico concretamente.

Pero ¿por qué se mueve ese hombre? ¿Por qué voluntariamente deja su, muchas veces, cómoda vida de familia y busca otra de lucha despiadada que jamás había supuesto y deseado? En un esquema muy elemental podemos decir que el alma humana sólo reacciona positivamente por tres pasiones: la ambición, el amor y el odio. Las tres las encontramos aparejadas en el alma guerrillera, en grado muy distinto, pero sobre todo es el odio el que predomina. Unas veces, las menos, por simples motivos ideales —la patria, el rey—, casi siempre por el deseo de venganza de alguna ofensa particular inferida a él o a algún miembro de su clan.

Algunos ejemplos: el Cura Merino es, literalmente, arrancado del altar por los franceses y obligado a llevar el bombo de una charanga militar, como si fuera una acémila; en cuanto recobra la libertad se convierte en un terrible e implacable jefe de guerrilleros. Julián Sánchez quiere vengar el ultraje cometido a su hermana; Lucas Rafael, el asesinato de su padre... Y así, otros muchos casos en que siempre late el motivo personal, la injuria nunca olvidada, el resentimiento del despreciado. De aquí, también, el sentido de represalia, de crueldad, de la lucha guerrillera.

Este hombre, arrancado de su vida ordinaria por las circunstancias generales o personales del momento histórico, se encuentra cara a cara con una nueva e insospechada vida. La adaptación es rápida: todos los puntos del horizonte son suyos, y en él existe toda la intuición propia de un des-

condiente de soldados. A nadie tiene que dar cuenta de sus actos, nadie le señala objetivos, tiene una magnífica libertad de medios. No es su vida la de un encuadrado en el ejército; nada de rutina obligada y necesaria en éste; la lucha es elemental; su principal aliado, el suelo; la rapidez en el ataque o en la retirada, su estrategia; cuenta con la simpatía del país, de aquí su magnífico servicio de información. Carecen de estado mayor, pero van adquiriendo rápidamente una magnífica experiencia; no necesitan intendencia; el suelo y sus habitantes o los sorprendidos franceses se la proporcionan. Fantásticos, ingeniosos, contundentes, los guerrilleros no descansan. Sobre los destacamentos en marcha, sobre las pequeñas guarniciones, sobre las líneas de comunicación el guerrillero gravita mortalmente. Es el terror que, contestado de la misma manera, inspirará a Goya sus «Desastres» y convertirá a los españoles en gloriosos alucinados bajo el mando del siempre invicto general «No importa».

Durante varios años millares de españoles, perseguidos y perseguidores al mismo tiempo, vivirán en plena naturaleza; la naturaleza imprime carácter a todos los que viven en ella; como una especie de represalia de aquellos hombres que viven de ella, transformándola —y transformar es siempre una parcial destrucción— produce en ellos como una especie de embriaguez telúrica que estará acompasada a la finalidad misma del individuo que a la naturaleza se entrega, y así endurecerá al guerrillero español. En aquella guerra de aldea y mogote las reacciones no pueden ser más primarias: las leyes del más fuerte, de la represalia, del acomodamiento al medio, son las dominantes. El español recordará siempre aquellos años; no olvidará jamás la tierra, a la que hará siempre su mejor aliada. El «echarse al monte», es decir, el volver a la naturaleza con un fin político-militar se convertirá en una frase hecha, incorporada al argot hispánico del siglo XIX. Y, de verdad, que durante muchos años el español se «echa al monte» en la larga serie de asonadas y guerras civiles, de que tan pródigo se muestra el citado siglo.

No podemos olvidar tampoco otra característica peculiarísima, que lo mismo encontramos en el viejo guerrillero celtibérico que en el moderno guerrillero: la fidelidad al jefe, la «devotio ibérica». Muchas veces se borra en la mente del combatiente la razón de la lucha, la venganza deseada, el ideal a conquistar. Algunas veces, ni tan siquiera inicialmente, existe nada de esto. Lo que jamás se olvida es al jefe mismo, siempre que éste haya demostrado las tres cualidades esenciales que debe reunir: la dureza, la justicia y una cierta camaradería, no exenta, desde luego, de mantenerse inflexiblemente en su puesto directivo. A un jefe así se le sigue sin titubear hasta la muerte. Esta característica típica del guerrillero —y sin la cual la guerrilla sería imposible— la encontramos permanentemente en la vida española contemporánea. En el complejo político de las últimas generacio-

nes, las ideas se encuentran muchas veces como difuminadas, pero siempre para todo español hay —en concrección o nostalgia— un jefe a quien seguir y por quien luchar. De aquí el valor considerable de lo militar en el siglo XIX, al menos hasta la restauración. El hombre civil, ideólogo y doctrinario, fracasa ante el militar, de un esquema ideológico, levisimo, pero que en cambio sabe ser jefe. De aquí, también, que la citada historia, más que lucha de doctrinas e incluso de partidos, sea sencillamente de personas, de caudillos.

En resumen, el guerrillero, libre de toda traba y de toda rutina, en las anchurosas posibilidades de la naturaleza, con la ruda disciplina que le impone el jefe por él elegido, busca varonilmente vengar la ofensa colectiva o individual que le ha inferido el francés.

Sólo nos toca analizar un aspecto de este ser extraordinario: el moral. Concretamente la relación existe entre el guerrillero y algo formalmente muy parecido y que también lo encontramos en la tipología del XIX, muchas veces aureolado de una cierta fama, buena fama, popular: el bandido.

Es incuestionable que guerrillerismo y bandolerismo son palabras de cierta analogía. Viven un ambiente análogo, utilizan unos medios semejantes, reaccionan casi igual. Naturalmente, lo que le diferencia esencialmente es la finalidad. El guerrillero lucha por la libertad de su Patria; el bandolero, por su propia libertad. Con todo, la soledad, compañera inseparable de uno y otro, a veces hasta produce una reversión de finalidades. Al guerrillero lo rebaja a la triste condición de proscrito; al bandolero lo asciende a la de reivindicador de las injusticias, a bandido generoso. Claro es, existe una gama infinita de matices entre dos prototipos, pero aquí lo único que nos interesa es destacar un hecho, por lo que tiene de trascendente: el guerrillerismo acostumbra al español a vivir fuera de la ley, a rehuir todo proceso normativo de vida, a considerar una hazaña el mantenimiento indómito de su propia personalidad. Así, este tipo no se agota con la derrota francesa; vive y se agita —a veces como simple bandolero— a lo largo de los tiempos cercanos a nosotros, y de él no podemos prescindir si realmente queremos saber sobre el inmediato pasado de nuestra Patria.

¿Fué eficaz el guerrillero en la guerra de la Independencia? Sobre esto se ha discutido mucho; en general, los historiadores, como he dicho antes, le valoran más desde un punto de vista anecdótico que fundamental. Gómez Arteche —que sigue siendo el mejor historiador español de la guerra de la Independencia— tiende a desvalorizarlo. El Conde de Toreno lo considera, quizá por razones familiares e ideológicas —muchos guerrilleros encuadrados ya en el Ejército sirvieron a las ideas liberales—, como soldados distinguidos que combatieron eficazmente a lo largo de la contienda.

Los historiadores ingleses los admiran en lo que tienen de pintorescos, pero los desprecian en cuanto a su calidad combativa; basta leer las memorias de Darrymple o la Historia de Napier. Y no digamos los historiadores franceses, para quienes los guerrilleros eran simples fanáticos. Únicamente Geoffroy de Grandmaison constituye una excepción en este criterio. En general, la obra fundamental sobre los guerrilleros está sin escribir, y no es fácil. Creemos que el guerrillero fué eficaz. Ciertamente es que al final el piquete de soldados «spenglerianos» fué quien triunfó, incluso sobre el paradójico Imperio napoleónico; pero es indiscutible que la limpia victoria española —con lo que tiene de pequeña reconquista— fué posible en gran parte por el esfuerzo del guerrillero, ya que él evitó que la victoria inicial francesa se convirtiera en definitiva, porque desmoralizó al francés invasor, creando en él una psicología de guerra terrorista y porque, finalmente, colaboró con las operaciones militares propiamente dichas.

El guerrillerismo, ya lo he dicho, no termina frente a los muros de Toulouse. Vivirá en toda la historia española posterior. El guerrillero será acogido en el Ejército y el Ejército español del XIX será, en medios y en personas, profundamente guerrillero. Las guerras civiles serán técnicamente guerras guerrilleras. Nutrirá la vida civil, y así el combatiente de una idea o el seguidor de un jefe estará siempre dispuesto «a calzarse las alpargatas, a coger el fusil». Si reflexionamos y comparamos el siglo XIX con los anteriores, notaremos radicales diferencias: durante los Austrias y los Borbones la vida interior española había sido pacífica; únicamente las guerras de Cataluña y Portugal y la Sucesión habían alterado este ritmo, pero ello, en definitiva, no era otra cosa que un reflejo de las contiendas europeas que convertían a nuestra Patria en campo de batalla. Podemos hablar con entera verdad de una paz monárquica. En contraste con este sosiego doméstico, los españoles intervendrán en una multitud de guerras, pero éstas jamás tendrán el carácter de irregulares; estarán encomendadas a ordenados tercios o disciplinados regimientos, que, por lo demás, no influyen apenas en la marcha general de la política española; así, tenemos que reconocer que, a pesar de todo, la Monarquía española de los siglos XVI, XVII y XVIII fué togada; es decir, civil. En el siglo XIX ocurre todo lo contrario; la discordia civil y la intervención militar es permanente. ¿Cuándo se produce esta solución de continuidad? Precisamente en la guerra de la Independencia, cuyas consecuencias hemos examinado desde tantos puntos de vista diferentes. Con todo, esta auténtica y casi involuntaria revolución hubiera sido estimulante si sobre ella no hubiera caído desde el mismo día en que acabó la contienda, como una verdadera losa de plomo, el fracaso de la victoria.

¡La victoria estéril! Este triste hecho se clavó como un mástil de dolor en el alma española. ¿Qué es lo responsable de que tras la sembradura

heroica nada recogieramos, si no fueron las terribles consecuencias de la guerra misma? Cada partido achacará a los demás la culpa; sin embargo, la responsabilidad puede dividirse en muchas causas.

En primer lugar, la guerra misma. Fué una contienda agotadora, exhaustiva, pírrica. Todas las energías nacionales se emplearon en la épica lucha de un pueblo contra un Ejército. Tras un esfuerzo de tal envergadura ha de sobrevenir forzosamente una tregua de descanso que precisaría la voluntad capaz de algo o alguien que de nuevo volviese a tensar la conciencia nacional. Pero la cansada España no la encontró, y he aquí la magna responsabilidad del Deseado.

El mito lejano de Valençay se hizo carne, de nuevo, en Fernando VII. En la primavera de 1814, el Rey atraviesa la frontera pirenaica para hacerse otra vez cargo de su trono, que apenas había podido saborear después de su precario triunfo en Aranjuez. Fernando VII tenía el alma retorcida a fuerza de desengaños y experiencias; y aquel díscolo príncipe del proceso del Escorial se había convertido en un hombre que, en adelante, no tendría otro objetivo que el de vivir para sí. El egoísmo, he aquí la clave del carácter del Rey Fernando. Esta figura, tan combatida, tiene muchos rasgos que la pueden justificar: así podemos decir y entendemos que Fernando VII es el más inteligente de los Borbones españoles, que tiene un singular conocimiento del mundo y de las personas, que, incluso, fué un Rey popular, y que con él se inicia la serie de los Borbones «simpáticos» seguidores de los melancólicos y hieráticos Borbones del XVIII. Pero todo ello, en lo que tiene de positivo, se encuentra desvalorizado, contrapesado, por ese terrible egoísmo que hace que nada le importe sino su propia conservación. Su criterio rígido e inexorable de que él era la única persona capaz de mandar. Su gran responsabilidad está en que su misión histórica estaba en haber sabido unir a los españoles, en volver a disciplinar aquella España dislocada y anárquica, haber sabido adivinar lo que había de ser en aquella palabrería política que se empleaba, haber tratado amorosamente a un país que todo lo había dado por él, haber sabido captar a los que podían servir en ese momento. En fin, tener el entusiasmo preciso para llevar aquella Patria, maltrecha y victoriosa, hacia adelante.

¿Qué es lo que hizo Fernando VII? Todo lo contrario. Desunió más, creando unos odios de partido que han sido, desde entonces, inextinguibles. Las dos Españas se levantarían implacables, una frente a otra, rompiendo el magnífico equilibrio conseguido a lo largo de tantas fatigas, de tantas gloriosas aventuras. Escogería a los peores, buscando no su utilidad, sino el simple acomodamiento a su voluntad soberana, incluso eligiendo a aquel que más le halagase a su vanidad; no tuvo la más mínima preocupación por los dos problemas capitales, en torno a los cuales se debatía el ser mismo de su patria; el interior, dotándolo de nuevas instituciones

acomodadas a los tiempos nuevos, sin caer en extravagantes teorías, y el exterior, en su doble aspecto, americano y europeo. No supo encontrar la feliz fórmula que solucionase el pleito de la emancipación americana; no supo hacer valorar ante la vencedora Europa, ante sus hermanos los reyes, el papel singularísimo que España había desempeñado en el vencimiento del prisionero de Santa Elena. Prefirió la intriga cortesana de la camarilla a una acción honrada de gobierno. Muchos de los mejores pagaron la fidelidad a su persona en el exilio o en las cárceles, y así nuestra patria entró resueltamente en el camino de la conspiración y de la lucha fratricida, de la que no había de salir en muchos decenios. Y para que fuera más lamentable el reinado del Deseado, nos legó el pleito dinástico que había de encender en hogueras de guerra civil toda la Península.

Sin embargo, entendemos que no sólo a Fernando VII hay que achacar la responsabilidad de los males de España. Acabamos de decir que España libró una parte principalísima en la batalla contra Napoleón; aquí, en la península, quedaron trescientos mil de los mejores soldados de Napoleón. Justamente los que hubiese necesitado éste para triunfar en la decisiva campaña del año 13. España, ejemplarmente, dió al mundo un modelo imitable de lo que podía ser un pueblo alzado en armas contra el invasor; y el eco de Bailén llegó hasta las estepas rusas o hasta los burgos alemanes, provocando reacciones análogas. España dió todo: sus ciudades, sus hombres, sus riquezas, su propio Imperio, para impedir que el Emperador de los franceses pudiera convertirse en el amo de Europa y París en el centro de este continente. ¿Cómo correspondió Europa a esta serie inabarcable de sacrificios? De la peor manera como puede ser recompensado un pueblo: con el desprecio. Europa despreció a España; no la admitió en el concierto de las grandes naciones vencedoras de Napoleón; fué relegada a un postrero lugar en las deliberaciones que transformaron el mapa de Europa; no recibió asistencia alguna, ni tan siquiera moral, en la lucha que sostenía para conservar sus colonias trasatlánticas; no recibió ayuda alguna para la reconstrucción de su suelo, tan afectado por la lucha. La abundante cosecha sembrada en los siglos anteriores por la anti-España fructificó de nuevo con una única variante; si España había sido odiada, en adelante sería solamente menospreciada. A las implacables críticas del enciclopedismo, del racionalismo dieciochesco, seguirían las hirientes mortificaciones de la España pintoresca, elucubrada por los románticos de todos los países. Se cuenta que el Marqués de Castell dos Rius, al enterarse de que el Duque de Anjou iba a ser rey de España, dijo la conocida frase: «Qué gozo; ya no hay Pirineos.» Y, en efecto, durante el siglo XVIII España, aunque en un lugar secundario, siguió desempeñando su papel en el mundo diplomático y militar. Parece como si la guerra de la Independencia hubiese alzado de nuevo aquellos desaparecidos montes y

se hubiese quedado aislada como un pequeño subcontinente, útil nada más para que los viajeros inventasen Cármenes y bandidos. Ese es el pago que España recibió. Naturalmente, esa sensación de menosprecio y de aislamiento había de influir considerablemente en el ánimo de los españoles creándoles hasta cierto punto un cierto complejo de inferioridad, que tendría dos manifestaciones: la del español, encerrado en sí mismo, agónico en sus propias discordias, incapaz de buscar un cierto y seguro camino de progreso; y el otro, el español que, despreciando lo propio, quisiera como hartarse de extranjerismo, sintiendo incluso hasta la vergüenza de ser español. En fin, de nuevo las dos Españas, parciales y enemigas, luchadoras implacables entre sí.

Esta España, agotada, mal regida, despreciada, aun hubiera podido tener una posibilidad de salvación: le quedaba la generación misma que había ganado la guerra, la generación de 1808. Jóvenes y muchas veces brillantes, libres del pesado yugo del tiempo anterior, estos hombres —soldados e intelectuales— tenían ante sí una magnífica tarea; su empuje fué capaz de derribar todos los obstáculos, y en marzo de 1820 eran dueños del poder. ¿Para qué? El fracaso fué rotundo, total, completo. Tres años bastaron para demostrar su incapacidad, para administrar y para gobernar. Ni siquiera resolvieron un problema. Incluso sus monstruosos errores hicieron posible añorar el gobierno fernandino, y otra vez, por ellos los franceses pasaron por los conocidos caminos peninsulares; esta vez no como enemigos, sino como salvadores. ¿Cuál fué la causa de este fracaso? Fundamentalmente, y empleamos una palabra muy del siglo pasado, por su política de principios. El doctrinarismo es la peor plaga de la política activa. El político que olvida la realidad en que vive y, por tanto, desconoce las posibilidades que ésta tiene, y que únicamente se preocupa de una serie de ideas más o menos acertadas y que forman un cuerpo de doctrina, está condenado al fracaso. Y no olvidemos que el fracaso del político es el fracaso del país. He aquí exactamente lo ocurrido con los hombres de las Cortes de Cádiz. Exactamente, aunque por caminos muy diferentes, hicieron lo mismo que el propio rey Fernando. Así, todas las posibilidades de salvación se fueron agotando y el porvenir de la Nación no fué otro que el de un auténtico caos de revueltas, pronunciamientos y guerras civiles, que fueron labrando la triste faz del siglo XIX, consumiendo al mismo tiempo las energías de un pueblo, cuya vitalidad acababa de ser demostrada en la poderosa reacción que produjo en la conciencia hispánica la guerra de la Independencia.

Y así se quedó España sola, sin que nadie fuese capaz de regirla, sin que nadie fuese capaz, ni tan siquiera, de compadecerla. Mientras tanto, las consecuencias de la guerra llegaban hasta el tuétano mismo de la sociedad española. El desastre económico nos había de producir un retraso con-

siderable que todavía arrastramos, precisamente en el momento en que el mundo caminaba resueltamente hacia el predominio de lo económico. América se nos fué para siempre con sangre y sin gracia, abriendo un profundo abismo que durante mucho tiempo haría incluso imposible el concebir la idea de una totalidad armónica de lo hispánico. El propio pueblo, entregado a sus instintivas inclinaciones, sin que nadie le señalase un camino cualquiera para marchar por él, se entregaría fatídicamente a la lucha fratricida. Nuestra unidad —que es España— entraría en una fase de peligro permanente. Y como resultado de todo ello, de manera acelerada, se produce nuestro descenso en el orden internacional, hasta quedar reducidos a una posición realmente lamentable.

Y estas son las consecuencias de la guerra de la Independencia; esta es la influencia de la guerra de la Independencia en el pueblo español; una paradoja terrible, la de la que la victoria fué derrota, y lo que fué glorioso, de hecho, fué simplemente ruidoso. Hubo a principios de siglo un político que diagnosticó tristemente: España ha perdido el pulso. No podemos aceptarlo, porque ello es tanto como muerte, pero es indiscutible que durante más de cien años España ha vivido, siguiendo el símil de Silvela, con un impulso arrítmico que ha dislocado toda su centenaria estructura interna y que, precisamente, es en la guerra de la Independencia cuando tiene lugar el principio de esta peligrosa situación. Es en la guerra de la Independencia cuando España empezó a perder el pulso.